

El terrorismo en España

De ETA al Dáesh

Gaizka Fernández Soldevilla

El terrorismo en España

De ETA al Dáesh

CÁTEDRA
La historia de...

Colección dirigida por Ricardo García Cárcel

1.ª edición, 2021

Diseño de cubierta: INGenius

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Gaizka Fernández Soldevilla, 2021
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 3.433-2021
I.S.B.N.: 978-84-376-4261-1
Printed in Spain

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO PRIMERO. Epígonos del maquis. El DRIL y Defensa Interior	33
A quemarropa. El ocaso de la guerrilla antifranquista	33
Una nueva oposición armada	36
De Sierra Maestra a San Sebastián. Las campañas del DRIL ...	37
Nietos de Mateo Morral. Defensa Interior	46
<i>Begoña</i>	52
CAPÍTULO II. El huevo de la serpiente. ETA y la dictadura franquista (1959-1975)	59
Exégesis de la violencia	59
¿ <i>Gudaris</i> ? La nueva generación <i>abertzale</i> y sus circunstancias	63
Héroes y traidores. De los grafitis a las pistolas, pasando por las palizas	66
1968. Cuando ETA eligió matar	74
<i>Milis y polimilis</i> . El cisma de la «izquierda <i>abertzale</i> »	81
<i>José Antonio, Melitón, Fermín, Rolando</i>	89

CAPÍTULO III. Años de plomo. ETA contra la Transición (1976-1982).....	103
¿Qué hacer? Entre la renovación de <i>Pertur</i> y el frentismo de Monzón	103
Oportunidades perdidas. Libertad, amnistía y Estatuto de autonomía	108
Los enemigos de la democracia. Terrorismo y golpismo	116
«Negociando» con una pistola en la mano. Las campañas de ETAm y el 23-F	123
Tocar a retirada. ETApM, de la violencia a la reinserción	131
Los «leprosos» del nacionalismo radical. Comandos Autónomos Anticapitalistas	138
<i>Javier, Francisco, Félix, Joaquín, Basilio, Ramón, María José</i>	143
 CAPÍTULO IV. ¿Un empate infinito? ETA y la democracia (1983-1995)	 157
No hay tregua. El terrorismo durante los primeros años de la etapa socialista	157
La lucha antiterrorista. Las FCSE, los GAL y el fin del «sanctuario francés»	161
Coche bomba. Entre el terrorismo indiscriminado y las conversaciones de Argel	166
Demócratas frente a ETA. El pacto de Ajuria Enea y el movimiento pacifista.....	169
Leizarán. La segunda victoria de ETA.....	173
<i>Enrique, Mohamed, Dolores, Miguel, Hipercor, Zaragoza</i>	175
 CAPÍTULO V. Días contados. Hacia la derrota de ETA (1996-2018).....	 189
Todos estamos invitados. La socialización del sufrimiento	189
Vencer al miedo. Miguel Ángel Blanco y el «Espíritu de Ermua»	194
El nacionalismo vasco contra los vascos no nacionalistas. El pacto de Estella	199

Los últimos coletazos de la serpiente. El fin de ETA	203
<i>Gregorio, Alberto, Fernando y Jorge, Máximo, Joseba, Jean-Serge</i>	208
CAPÍTULO VI. Matar por la patria. Independentismo y violencia terrorista	223
Los nacionalismos radicales de la periferia durante la dictadura	223
Matar por los Països Catalans. De EPOCA a Terra Lliure	227
Matar por Galiza. De Loita Armada Revolucionaria a Resistência Galega	235
Otras patrias, otras violencias	240
<i>Emilia</i>	242
CAPÍTULO VII. Camada negra. El terrorismo ultraderechista y parapolicial	247
¡España en peligro! Los salvadores de la patria	247
Neofranquistas sin Franco. La dialéctica de los puños y las pistolas	251
¿Quién vigila a los vigilantes? El primer terrorismo parapolicial	260
Cal viva. Los GAL contra ETA (y contra el Estado de Derecho)	266
<i>Enrique, José Miguel, Liborio, Jesús María, Yolanda, José Antonio, José Ignacio, Segundo, Juan Carlos</i>	274
CAPÍTULO VIII. Aprendices de brujo. El terrorismo de extrema izquierda	293
Famélica legión. La izquierda radical durante el tardofranquismo y la Transición	293
Jugar con fuego. Hoz y Martillo, MIL, FRAVA, anarquistas y autónomos	297
La enfermedad infantil del terrorismo. El PCE (ml) y el FRAP	304
Cosecha roja. El PCE (r) y los GRAPO (1964-1982)	307

La Larga Marcha a ninguna parte. Los GRAPO (1983-2020) ..	314
Iraultza. El efecto imitación a ETA	318
<i>Roger, Lucio, Juan Ángel, Damián y Antonio, California 47</i>	
<i>Jesús, Pedro y Constantino, Publio, Ana Isabel</i>	321
CAPÍTULO IX. Los visitantes. El terrorismo internacional en	
España	343
Campo de batallas ajenas. La violencia de las organizaciones	
de Oriente Próximo	343
El Descanso. Una matanza en busca de autor	350
La cuarta oleada del terrorismo. De Afganistán a Al Ándalus	356
11-M. La Yihad en Madrid	360
Arrasar Las Ramblas. Los últimos atentados en nuestro suelo	368
Víctimas españolas en el extranjero. Turistas, cooperantes,	
misioneros y militares	372
<i>Adolfo, José Arturo, José Manuel, Patricia, Ana Isabel, Sanaa,</i>	
<i>Antonio, Idoia, Ignacio</i>	375
CONCLUSIONES	393
ANEXOS	409
BIBLIOGRAFÍA	413
SIGLAS	429

*Para José Luis de la Granja,
maestro y amigo*

Es una batalla entre los fanáticos que piensan que el fin, cualquier fin, justifica los medios, y los que pensamos que la vida es un fin y no un medio.

AMOS OZ, *Contra el fanatismo y otros textos.*

INTRODUCCIÓN

José María Piris Carballo nació en San Vicente de Alcántara (Badajoz) el 29 de septiembre de 1966. Como tantas otras familias, la suya se trasladó al País Vasco en busca de nuevas oportunidades. Y las encontraron. El padre, Antonio, anteriormente peón agrícola, trabajaba en Acerías y Forjas de Azcoitia (Guipúzcoa). La madre, Carmen, era ama de casa. Les iba bien y el matrimonio tuvo un cuarto hijo, Juan Antonio, que cuarenta años después compartiría sus recuerdos sobre su hermano José María en *El Diario Vasco*: «pasaba mucho tiempo conmigo, era muy cariñoso y siempre tenía buenos detalles con mi madre. Como se suele decir, “era muy madrero”».

La familia fijó su residencia en un barrio obrero de Azcoitia. José María estudiaba 7.º de EGB en el colegio San José de Floreaga, que pertenecía a los Padres Mercedarios. En 6.º curso estaba su amigo Fernando García López, originario de Zamora, que décadas después le recordaría en *El Diario Vasco*. «Jugábamos mucho, sobre todo a las canicas, era muy bueno. Era un niño muy alegre y una persona encantadora, extrovertida. Majísimo».

Tanto José María como Fernando formaban parte del equipo de fútbol del colegio. El sábado 29 de marzo de 1980 por la mañana vistieron la camiseta del San José para disputar un parti-

do contra el Izarraitz en Azpeitia (Guipúzcoa). Antes, los futbolistas se habían sacado una fotografía de grupo. En ella José María, con media melena, aparece de pie, sonriente; Fernando está de cuclillas y no se distingue su expresión. El encuentro terminó en empate. Debía de ser un rival difícil, porque los dos chicos estaban satisfechos con el resultado. El padre de Fernando los llevó a ellos y a otro amigo de vuelta a Azcoitia en su Renault 12.

El vehículo se detuvo en la plaza de los Atanos sobre las 11:50 horas. Al bajar, los chiquillos vieron en el suelo un bulto cuadrado que tenía pegados unos imanes. Fernando contaría en la cadena SER-Euskadi que «José Mari gritó “¡un paquete!” y entonces salió corriendo. Yo, con el ímpetu, di la vuelta alrededor del coche y eso es lo que al final me libró. Él llegó directamente al paquete». Se produjo una explosión. José María murió en el acto. Su hermana reconocería el cadáver porque llevaba las zapatillas de deporte que le había prestado para jugar al fútbol. Tenía 13 años. Fernando quedó gravemente herido. Era dos años más joven que su amigo.

En Valencia de Alcántara (Cáceres) los abuelos y tíos de José María se enteraron de su fallecimiento al escuchar la noticia por la radio. Después del funeral en Azcoitia, tuvo lugar una manifestación silenciosa en la que, según la crónica de *El Correo*, «participó la práctica totalidad de la población». Se trató de una de las escasísimas movilizaciones ciudadanas contra el terrorismo que tuvieron lugar en la Euskadi de 1980.

La víctima fue enterrada en su pueblo natal, San Vicente de Alcántara. Siguiéndole, la familia abandonó Azcoitia y regresó a Extremadura. La madre declararía en una entrevista publicada por *El Mundo* que, respecto a sus vidas, «a él se la llevaron y a nosotros también nos la quitaron. No hemos vuelto a ser nada». A diario visita la tumba de José María. «Ir a estar con él en el cementerio es mi único consuelo». «Solo cuando voy parece que



José María Piris (anteúltimo de la segunda fila), Fernando García (primero en la primera fila) y el resto del equipo de fútbol del colegio San José de Floreaga, 29 de marzo de 1980.

Fuente: Familia Piris.

he hecho los deberes del día. En el cementerio le tengo macetas, ¿sabes? Si fuera por mí, estaría siempre a su lado».

Fernando tardó 1.766 días en recuperarse, aunque todavía le quedan secuelas físicas. Contaría a *El Diario Vasco* que durante el resto de su infancia se había sentido «el mono de feria. El niño de la bomba. Para mí era muy duro, no quería que me viera nadie. Estaba lleno de cicatrices. El hecho de que me señalaran como el niño de la bomba me hizo ser muy retraído. Me fue mal en la escuela porque no oía, desde el día del atentado nunca he oído bien».

Aquella fue la primera ocasión en la que Euskadi ta Askatasuna (ETA, País Vasco y Libertad) mataba a un menor de edad, pero José María no era el objetivo del atentado. Como reconocería la propia banda, había sido un «error». En realidad, la bomba que estalló aquel 29 de marzo de 1980 estaba destinada a un joven agente de la Benemérita que residía en el mismo vecindario. «Aquel pobre muchacho guardia civil, al que solo conocíamos de vista, vino a nuestra casa a pedirnos perdón...», recordaría la madre de José María.

El comando Iharra de ETA militar (ETAm), que actuaba en la zona de Mondragón, estaba integrado por Jon Aguirre Aguiriano, José Gabriel Urizar Murgoitio (*Gautxori*) y Francisco Fernando Martín Robles (*Paco*), su jefe. A principios de marzo de 1980 se puso en contacto con él Jesús María Zabarte Arregui, a quien un colaborador había facilitado información acerca de un guardia civil domiciliado en Azcoitia. Zabarte y Martín Robles se trasladaron a aquel municipio para comprobar la veracidad de los datos. Una vez confirmados, Zabarte propuso a Martín Robles atacar contra el agente. La respuesta fue afirmativa. Cuando se lo contó a los otros miembros del comando, estos también asintieron.

En la noche del 28 al 29 de marzo de 1980 Aguirre Aguiriano, Urizar Murgoitio y Martín Robles se trasladaron en coche a

Azcoitia. Llegaron a la una de la madrugada, pero hicieron tiempo hasta las tres. El automóvil del funcionario estaba aparcado en la plaza de los Atanos. Urizar y Martín le colocaron debajo una bomba lapa, adherida mediante imanes, que había confeccionado el jefe del comando. A la mañana siguiente, cuando el guardia civil puso en marcha su vehículo, el artefacto se desprendió y cayó al suelo. Y quedó allí mismo, inadvertido, hasta que unas horas después lo vieron Fernando y José María.

Los responsables de su muerte fueron cayendo uno tras otro. Apresado en mayo de 1981, Martín Robles fue condenado por haber cometido un total de cinco asesinatos. Con él estaba Aguirre Aguiriano, al que se encontró culpable de haber acabado con tres vidas. Cuatro años después fue capturado Urizar Murgoitio, que había matado a dos personas. Martín Robles salió de la cárcel en octubre de 1997. Aguirre Aguiriano, en mayo de 2011. Urizar, en enero de 2014.

El historial más largo correspondía a Jesús María (o Josu) Zabarte Arregui, más conocido como *El Carnicero de Mondragón*, la profesión que ejercía antes de integrarse en ETA en 1967. Entre otras acciones, había participado en el secuestro del empresario navarro Felipe Huarte en enero de 1973. Arrestado en septiembre de ese mismo año, Zabarte fue sentenciado a 30 años de prisión. No cumplió ni una décima parte: debido a un indulto, fue excarcelado en abril de 1977. La Ley de Amnistía borró su pasado delictivo, pero *El Carnicero de Mondragón* no aprovechó aquella oportunidad. En 1978 volvió a ser detenido por el envío de cartas de extorsión a empresarios vascos. Excarcelado en marzo de 1979, Zabarte no tardó en huir a Francia. De nuevo era un liberado, es decir, estaba a sueldo de ETA.

El fin de la carrera criminal de Zabarte no llegó hasta el 15 de junio de 1984, cuando la Guardia Civil entró en la casa de Hernani en la que se ocultaban los tres miembros del comando Donosti, que él mismo dirigía. Sus dos subordinados sostuvieron

un intenso tiroteo contra los agentes, uno de los cuales resultó herido. *El Carnicero de Mondragón*, que había preferido esconderse, fue descubierto. A instancias de los funcionarios, conminó a los otros etarras a rendirse. Según *El Mundo*, la réplica fue contundente: «Y tú que eres el jefe del talde nos lo dices... Que vengan a buscarnos si tienen cojones, txakurras. Gora Euskadi ala hil! [perros. ¡Viva Euskadi o muerte!]». Aquellos dos integrantes del comando Donosti murieron en la refriega con las armas en la mano. Su superior, Zabarte, sobrevivió, algo que el grupo de rock radical Kortatu olvidó mencionar en la canción que dedicó al episodio, «15-VI-84».

En sucesivos procesos, la Audiencia Nacional juzgó y encontró culpable a *El Carnicero de Mondragón* de haber estado implicado en 17 asesinatos. El de José María Piris fue el segundo. Sus acciones habían contribuido a dejar 13 viudas y 27 huérfanos. Otros dos niños nacerían sin padre. Zabarte fue condenado a pasar 618 años y 12 días en la cárcel. Recuperó la libertad en noviembre de 2013. Habían transcurrido 29 años y 5 meses desde que fue arrestado.

El Carnicero de Mondragón era un hombre de 68 años cuando regresó a su localidad de origen. En octubre de 2014 concedió una entrevista a Ángeles Escrivá, que fue publicada por *El Mundo*. En ella Zabarte advertía: «Yo soy un gudari, no necesito demostrar nada». Subrayó que no se arrepentía de sus crímenes. «Si el enemigo reconoce sus hechos, yo los tengo reconocidos. Y si me preguntas, ¿lo hacías para hacer daño? Yo te digo, sí. No tengo ningún reparo en reconocer el daño causado pero que él (el Estado) me reconozca sus hechos porque el que me ha empujado es él». En palabras de Zabarte: «yo no he asesinado a nadie, yo he ejecutado». Confesó que no pensaba en sus víctimas. Ni siquiera conocía sus nombres. Cuando la periodista le preguntó por José María Piris, *El Carnicero de Mondragón* dijo ignorar a quién se refería.

La frialdad de Zabarte todavía conmociona. Casi tanto como su equivalente actual: los vídeos en los que miembros del Dáesh, el autodenominado Estado Islámico, se graban quemando o degollando a sus rehenes. Ante la brutalidad de la que hacen gala, es natural pensar que unos y otros están perturbados o son psicópatas. Resulta una explicación intuitiva, sencilla y, en cierta manera, tranquilizadora. Sin embargo, los estudios indican que la mayoría de quienes cometen asesinatos de esta naturaleza no padecen trastornos psicológicos severos. Dicho de otro modo, con contadas excepciones, ni Zabarte ni sus compañeros estaban locos. Pertenecían a otra categoría muy distinta: eran terroristas.

Hoy en día no es raro que se utilicen expresiones como «terrorismo machista», «terrorismo medioambiental» o «terrorismo laboral». Al hacerlo se pretende dar una connotación concreta a la violencia contra las mujeres, a los incendios provocados y a la ausencia de medidas de seguridad que propician accidentes en el trabajo. Aquí «terrorismo» ejerce la función de potenciador negativo. No obstante, este uso es incorrecto. Por un lado, la etiqueta no añade información ni hace más inmoral lo que ya es inmoral. Por otro, el abuso de la palabra desdibuja su sentido real. Si todo es terrorismo, nada lo es.

Pese al debate que a nivel académico ha llegado a suscitar el término (¿y cuál no?), es perfectamente factible encontrar una definición que nos sirva para entendernos en estas páginas. ¿De qué hablo cuando hablo de terrorismo? De un tipo de violencia que busca un efecto psicológico, político y simbólico superior al de los daños materiales y humanos directamente producidos por sus atentados. Parafraseando un lema de las Brigadas Rojas (en italiano, *Brigate Rosse*), el terrorista golpea a una víctima para asustar a cien.

Históricamente, esta herramienta ha sido utilizada tanto por individuos aislados como por diferentes colectivos, desde organismos gubernamentales hasta mafias, pasando por guerrillas.

En el presente libro nos centramos en el que han practicado en España las bandas terroristas. ¿Qué entendemos por tales? Se trata de organizaciones de pequeño tamaño que carecen de control sobre un territorio y que emplean los atentados terroristas como principal estrategia para conseguir sus objetivos. Se distinguen, por tanto, de las guerrillas, cuyos integrantes van uniformados y dominan determinadas zonas de las que el Estado está ausente.

El terrorismo moderno tiene precedentes históricos. El más antiguo fueron los *sicarii* (sicarios), la facción más extremista de los zelotes, el movimiento hebreo antirromano. En la Palestina del siglo I después de Cristo los *sicarii* eran conocidos por apuñalar a sus víctimas y perderse entre la multitud. Un milenio después, en el siglo X, aparecieron en Oriente Medio los nizaríes o *hashshashin* (asesinos), una secta ismaelita especializada en magnicidios. Probablemente los *hashshashin* llegaron a ser coetáneos de los *thugs*, mezcla entre culto y crimen organizado, que desde la Edad Media hasta la década de 1830 se dedicaban a estrangular y robar a los viajeros en la India. Fueron neutralizados por las autoridades coloniales británicas. En 1865 se fundó en el sur de Estados Unidos (EE. UU.) el Ku Klux Klan (KKK), que pretendía asegurar la supremacía de la «raza blanca» mediante la violencia contra la población negra y el Partido Republicano.

El primer KKK mostraba ya bastantes de los rasgos que han caracterizado al terrorismo moderno. Desapareció formalmente en la década de 1870, pero no tardaron en tomar el relevo otros individuos y grupos, si bien desde presupuestos políticos distintos. Y es que el terrorismo nunca ha sido monopolio de una doctrina. Jesús María Zabarte mataba en nombre de Euskal Herria, pero también se ha matado en nombre de España, de otras patrias, de Dios, de la revolución, de la reacción o de la raza. Los terroristas no comparten una ideología, sino un método y un principio elemental: el fin justifica los medios.

El politólogo David C. Rapoport (2004) ha identificado las cuatro grandes oleadas de terrorismo que han sacudido al planeta desde finales del siglo XIX. La primera, la nihilista / anarquista, estuvo marcada por los magnicidios y la utilización de la dinamita. Su punto álgido se situó entre 1880 y 1900. La segunda generación, la nacionalista / anticolonial, se prolongó desde 1917 hasta 1965. Tuvo una fase inicial, derivada de la paramilitarización y brutalización de la política en la Europa de entreguerras; y otra posterior, vinculada al proceso de descolonización en el Tercer Mundo. El tercer ciclo, el de la nueva izquierda, dio comienzo a finales de la década de los sesenta. El cuarto y último, el fundamentalista religioso, especialmente el de corte yihadista, se ha desarrollado a partir de los años ochenta. Cada oleada ha estado protagonizada por perpetradores con cultura política, propósitos y estrategias relativamente similares.

Como se puede comprobar en la obra colectiva coordinada por Juan Avilés y Ángel Herrerín (2008), España fue uno de los escenarios de la primera generación de terrorismo. En noviembre de 1893 un anarquista lanzó dos bombas en el Liceo de Barcelona que causaron 20 víctimas mortales y 27 heridos. En junio de 1896 un atentado durante la procesión del Corpus Christi en esa misma ciudad acabó con 12 vidas y dejó más de 60 heridos. En agosto del año siguiente un anarquista italiano asesinó al presidente del Gobierno, Antonio Cánovas del Castillo, en el balneario de Santa Águeda (Mondragón). En mayo de 1906 Mateo Morral intentó matar a los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia en el día de su boda. Cuando la comitiva real pasaba por la calle Mayor de Madrid, arrojó una bomba, que falló el blanco pero mató a 15 personas e hirió a otras 117. En noviembre de 1912 el presidente José Canalejas fue asesinado en la Puerta del Sol. En marzo de 1921 el presidente Eduardo Dato fue víctima de otro atentado mortal en la Puerta de Alcalá.

Al sector violento del anarquismo se le contrapuso el pistolerismo o terrorismo blanco. Algunos grandes empresarios contrataron mercenarios que se dedicaban no solo a enfrentarse al terrorismo de corte libertario, sino también a amedrentar a líderes sindicales sin relación con él, cuando no a acabar con sus vidas. Entre sus múltiples crímenes destaca el asesinato de Salvador Seguí, secretario general de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en Cataluña.

Durante la II República también se cometieron atentados. Según la exhaustiva base de datos elaborada por Eduardo González Calleja (2015), entre abril de 1931 y julio de 1936 las distintas formas de violencia política (entre ellas, el terrorismo) acabaron con la vida de 2.629 seres humanos en nuestro país. Por descontado, la brutalización de la política no fue un fenómeno español, sino que afectó a gran parte de la Europa de entreguerras corroída por el auge de los movimientos de signo totalitario.

La Guerra Civil y los primeros años de la dictadura franquista registraron unos índices de violencia muchísimo más altos que las épocas precedentes. Hubo terror en la retaguardia republicana, pero es incomparable con el que llevó a cabo el bando rebelde y, a la postre, vencedor: primero, asesinatos «en caliente»; después, de manera más ordenada y planificada, juicios sumarísimos, condenas de muerte, campos de concentración, depuraciones, etc. Baste recordar las palabras del general Emilio Mola: «Es necesario crear una atmósfera de terror, hay que dejar sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todo el que no piense como nosotros. Tenemos que causar una gran impresión, todo aquel que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado».

Pese a tales antecedentes, hemos situado el punto de partida de la presente obra en 1960. Hay varias razones para dicha elección. Por una parte, un periodo de sesenta años nos facilita hacer una síntesis manejable. Por otra, al centrarnos en el tercer y cuar-

to ciclos de terrorismo, evitamos mezclar organizaciones y momentos históricos dispares. El último motivo tiene mayor peso: 1960 es la fecha que marca la vigente Ley 29/2011, de 22 de septiembre, de Reconocimiento y Protección Integral a las Víctimas del Terrorismo, que tomó como referencia la bomba que el 27 de junio de aquel año mató a la niña Begoña Urroz en la estación de tren de Amara (San Sebastián).

La tercera oleada de terrorismo surgió en los países desarrollados durante los años sesenta del pasado siglo bajo un influjo doble. Por un lado, el marxismo heterodoxo de la *New Left* y la resaca de las revueltas estudiantiles del 68. Por otro, el tercermundismo: el Movimiento 26 de julio dirigido por Fidel Castro, que desde sus bases de Sierra Maestra había derrocado al dictador cubano Fulgencio Batista en 1959; la figura carismática de Ernesto «Che» Guevara, que intentó exportar aquella fórmula guerrillera por medio del foquismo a países como el Congo y Bolivia; el Frente de Liberación Nacional de Argelia, que había logrado la independencia de la antigua colonia francesa en 1962, o las derrotas sucesivas de Francia y EE. UU. en la guerra de Vietnam (1959-1975).

Esta generación estuvo protagonizada por bandas de extrema izquierda como la Rote Armee Fraktion (RAF, Fracción del Ejército Rojo) en la República Federal de Alemania, las Brigadas Rojas en Italia o los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO) en España. Aunque menos, también hubo grupos de otra orientación política: nacionalistas radicales, como las diferentes ramas del Irish Republican Army (IRA, Ejército Republicano Irlandés), los lealistas del Ulster o ETA; de ultraderecha, como los italianos Ordine Nuovo y Nuclei Armati Rivoluzionari, y parapoliciales, como el Batallón Vasco Español (BVE) o los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL).

Pese a sus divergencias doctrinales, el grueso de la militancia de tales organizaciones compartía juventud, extremismo, despre-

cio por la vida humana y fascinación por el modelo guerrillero tercermundista. Al no poder aplicar ese patrón en Occidente, recurrieron a un sucedáneo: el terrorismo.

Suele establecerse el inicio del tercer ciclo en torno a 1968. El 7 de junio de ese año ETA acabó con la vida del guardia civil José Antonio Pardines. Al mes siguiente, un ultranacionalista croata puso una bomba en un cine de Belgrado que causó una víctima mortal y 89 heridos. En Irlanda del Norte la lealista Ulster Volunteer Force (UVF, Fuerza Voluntaria del Ulster) ya había asesinado en 1966. El IRA provisional hizo lo propio en 1969, prácticamente a la vez que los Tupamaros uruguayos y los neofascistas italianos. Los Montoneros argentinos comenzaron a matar en 1970; la RAF; en 1971; el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), en 1973; las Brigadas Rojas, en 1974, y los GRAPO, en 1975.

De acuerdo con la Global Terrorism Database (GTB), que comienza a contar desde 1970, entre tal fecha y 1989 el terrorismo arrebató la vida a 75.310 personas y causó lesiones a otras 56.932 a lo largo del planeta. En ese mismo periodo se registraron en Europa 4.945 víctimas mortales y 9.049 heridos. Con razón la etapa que va desde finales de la década de los sesenta hasta finales de los ochenta ha sido denominada «los años de plomo», término originario de Italia (*anni di piombo*). Entre 1970 y 1989 las bandas terroristas neofascistas y de extrema izquierda cometieron 394 asesinatos en el país transalpino, a los que hay que sumar 1.143 heridos. Gran Bretaña acumuló aún más damnificados: 2.841 muertos y 2.867 lesionados. Reino Unido, España e Italia fueron, por ese orden, los países más afectados por la tercera oleada de terrorismo en Europa, seguidos de lejos por Francia, la República de Irlanda, Alemania y Portugal. Ahora bien, se trató de un fenómeno universal: también golpeó a América, África o Asia. La excepción fue el Bloque del Este, donde apenas hubo muestras de este ciclo de violencia a consecuencia del férreo y eficiente control policial que ejercían las dictaduras de corte comunista.

Pese al nivel de muerte y destrucción que produjo la tercera oleada de terrorismo, no alcanzó sus objetivos centrales. Rechazadas por la ciudadanía y descabezadas por las operaciones policiales, casi todas las bandas fueron desapareciendo a lo largo de los ochenta. Solo resistieron aquellas de ideología etnonacionalista que habían concitado cierto respaldo político y social: los lealistas norirlandeses, el IRA y ETA.

La actividad de estos vestigios de la tercera ola se solapó con la de la cuarta, la del terrorismo de corte yihadista, cuya génesis suele situarse en la guerra de Afganistán (1978-1992), durante la cual los muyahidines (combatientes islámicos fundamentalistas) locales e internacionales consiguieron derrotar a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Uno de ellos, el saudí Osama bin Laden, fue el autor intelectual de la masacre consumada por Al Qaeda (La Base o La Red) el 11 septiembre de 2001 en Nueva York. El yihadismo también estuvo detrás de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid. Según la GTB, entre 1990 y 2018 los terroristas han causado 359.671 asesinatos y 492.822 lesionados en todo el mundo, de los cuales 9.155 víctimas mortales y 21.491 heridos se contabilizan en Europa.

Las matanzas yihadistas provocaron un rechazo unánime en Occidente y pusieron en guardia a los gobiernos e instituciones supranacionales. Así se conformó una coyuntura internacional desfavorable para los intereses de los perpetradores del anterior ciclo. Agotado, cercado policialmente, con cada vez más problemas y menos apoyos, lo que quedaba de la vieja generación perdió la fe en la victoria. No se trató de una reflexión moral, sino de puro pragmatismo: la violencia se había demostrado inútil. El IRA provisional anunció su desarme en 2005 y, pese a que sufrió la escisión de algunos grupúsculos de nostálgicos, se considera desmantelado desde septiembre de 2008. ETA declaró el cese definitivo de su actividad terrorista en octubre de 2011. Siete años después, puso fin a su historia.

Para entonces hacía tiempo que en España ETA había cedido el papel de principal amenaza terrorista al yihadismo. El país ha sido golpeado varias veces desde el 11-M por este tipo de violencia fundamentalista tanto dentro como fuera de sus fronteras. En agosto de 2017 dos ataques producidos en Barcelona y Cambrils acabaron con la vida de 16 personas. Los reivindicó el Dáesh. El cuarto ciclo de terrorismo, el más letal de todos, todavía no ha llegado a su fin.

Si ampliamos el arco cronológico lo máximo que nos permite la GTB, desde 1970 hasta 2018, podemos sumar las consecuencias humanas de la tercera y de la cuarta oleadas de terrorismo. Los atentados de este tipo de violencia política a escala mundial arrojan un saldo de proporciones catastróficas: 434.981 asesinatos y 549.754 supervivientes con secuelas físicas. *Grosso modo*, un millón de damnificados directos.

De ellos, ¿cuántos corresponden a España? De acuerdo con la GTB, entre 1970 y 2018 los terroristas acabaron con la vida de 1.289 personas y causaron lesiones a otras 4.935. Podemos afinar más gracias a las listas del Ministerio del Interior, que ha reconocido a 1.451 víctimas mortales y a 4.983 heridos en atentados terroristas producidos entre 1960 y la actualidad. Se trata de cifras oficiales, más completas que las de la GTB, que computan tanto a extranjeros damnificados dentro de nuestras fronteras como a ciudadanos españoles que han sufrido ataques en otros países.

Ahora bien, hay que tomar estos datos con precaución. El registro incluye a aquellos que han sido indemnizados tras un proceso administrativo que se inicia a petición del damnificado o sus allegados. No todos lo han hecho o lo han podido hacer. Faltan, por ejemplo, una víctima mortal de 1962, Manuel Eleuterio Liáñez, y otra de los ataques contra las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, Silvia de San Pío. Sin embargo, sí están computados algunos casos dudosos o en los que no hay suficientes pruebas sobre la implicación de bandas

terroristas, ya que en la década de los ochenta los trámites no eran tan rigurosos como luego lo han sido. Por otro lado, un número indeterminado de lesionados fallecieron antes de tener la posibilidad de solicitar el reconocimiento, no se enteraron a tiempo de que existía esa posibilidad, prefirieron no realizar los trámites o no conservaban pruebas del origen de sus secuelas, por lo que su solicitud fue desestimada. Todo apunta a que el número real de heridos es superior a 4.983. Pese a estas advertencias, hay que subrayar que el listado oficial del Ministerio del Interior es el más fiable de los disponibles actualmente.

Aunque los números nos ayudan a hacernos una idea de conjunto, José María Calleja (1997) nos enseñó que siempre hay que tener presente que las víctimas del terrorismo no son simples estadísticas. Los perpetradores las intentaron animalizar y cosificar antes de borrarlas de la faz de la tierra; los apologistas del terrorismo pretenden ahora que los damnificados caigan en el olvido. Para evitar que ocurra, los historiadores debemos elaborar un relato veraz en el que las víctimas sean visibles. En palabras de una de ellas, Cristina Cuesta (2000), «una relectura de la historia de la violencia terrorista desde el punto de vista de sus afectados nos lleva a una comprensión humana del problema».

Por eso aquí no solo se habla de cifras, sino también de biografías con nombres y apellidos. La mayoría de las entradas que siguen a cada capítulo están dedicadas a los damnificados, sus circunstancias personales y los atentados que les afectaron. Sus vidas, secuestros, heridas y muertes ilustran los efectos reales del terrorismo. Tienen una dimensión universal. Y es que, siguiendo al filósofo Manuel Reyes Mate (2013), «si alguien reconoce a una víctima, tiene que reconocer a todas».

A nivel mundial se ha editado una casi inabarcable literatura científica sobre el terrorismo. Los avances también son evidentes en España, donde esta materia es objeto de estudio de periodis-

tas, historiadores, politólogos, sociólogos, criminólogos y otros científicos sociales. Gracias a sus investigaciones, pese a que todavía quedan algunas lagunas, estamos en condiciones de construir un relato riguroso acerca de la trayectoria de las organizaciones terroristas y las consecuencias de sus actos. Ahora bien, debido a la propia dinámica académica, que obliga a la publicación en revistas especializadas de escasa circulación, se ha descuidado la divulgación. El conocimiento está atrapado en un circuito cerrado: los investigadores escriben trabajos eruditos que acaban sepultados en las estanterías de las bibliotecas universitarias, donde solo sirven como fuente para nuevos trabajos eruditos. No llegan a la sociedad que, en la mayoría de las ocasiones, sufraga nuestros proyectos de investigación y nuestras carreras profesionales. Como resultado, casi no hay obras generalistas, con las notables excepciones de *Historia general del terrorismo* de Kepa Aulestia (2005), *El terrorismo en España: de ETA a Al Qaeda* de Juan Avilés (2010) o *El laboratorio del miedo: Una historia general del terrorismo, de los sicarios a Al Qa'ida* de Eduardo González Calleja (2013).

Siguiendo su estela, este libro pretende conjugar el rigor académico y la divulgación. Se ha procurado cuidar el estilo literario, se han limitado las referencias a obras de consulta y se han eliminado las notas a pie de página. Si el lector quiere profundizar en la historia de cualquiera de las bandas terroristas que se citan, al final del libro encontrará una bibliografía esencial.

El autor desea agradecer las útiles sugerencias, correcciones y aportaciones de Raúl López Romo, José Luis de la Granja, Florencio Domínguez, Rafael Leonisio, Juan Francisco López Pérez, Francisco Grajal Torres, Juan Avilés, Manuel Gallego López, Matteo Re, Xavier Casals, David Mota Zurdo, Lorenzo Castro, Luis de la Corte, José Francisco Briones Aparicio, Liviana Bucureşteanu, Carlos de Miguel, Josu Rueda, Carmen Ladrón de Guevara, María Jiménez, T. Serna y la Dirección General de Apoyo a Víctimas del Terrorismo del Ministerio del Interior. Ri-

cardo García Cárcel y Raúl García me dieron la oportunidad de escribir esta obra, por lo cual les estoy muy agradecido.

Este trabajo se ha realizado en el marco del programa de investigación del Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo, del proyecto de investigación de la UPV/EHU PGC2018-094133-B-100 (MCIU/AEI/FEDER, UE) y del Grupo de Investigación GIR-03 Humanidades y Ciencias Sociales en la Era digital y tecnológica de la Universidad Isabel I.